

Rebote de negligencia

Aparecido en Cuba justo por territorio espirituario, el SARS-CoV-2 se muestra aquí particularmente agresivo en esta segunda etapa. A diferencia de los meses iniciales, ahora han enfermado familias enteras

Delia Proenza Barzaga

Si me faltase algún argumento para este comentario, cuya tesis inicial es la mayor agresividad del nuevo coronavirus en su segunda etapa en suelo espirituario, Anita, una residente en la cabecera provincial, acaba de ponerle la tapa al pomo.

Pasa por la calle donde vivo y se detiene, a varios metros de una vecina sentada en su portal, a relatar los sinsabores que la han tenido en jaque en las últimas semanas. Ocho de los miembros de su familia enfermaron a raíz del primer caso, un abuelo que lamentablemente falleció días atrás. Los contagiados no vivían juntos, sino en tres domicilios diferentes, y para colmo, agrega ella, también enfermó un vecino que vive al lado de su hijo, más otro morador de la misma cuadra.

En su nómina, una de las tantas historias de núcleos con grados de consanguinidad afectados en esta parte central de Cuba, se incluyen dos niños, sus nietos, que, como el resto de los menores, “pasaron el coronavirus” sin complicaciones.

Luego de cuatro meses libres de casos, período en el que muchas personas bajaron la guardia, volvieron los contagios, esta vez con una velocidad particularmente arrolladora en la cabecera provincial. Entonces se reavivó la zozobra. Y desde el pasado 5 de octubre, fecha en la que la provincia retrocedió a la fase de transmisión autóctona limitada de la enfermedad, en Sancti Spíritus suenan más alto las alarmas.

El problema es, a mi modo de ver, que suenan casi exclusivamente en medios de comunicación masiva, reuniones del Consejo de Defensa Provincial y de los municipales, algún que otro altoparlante que emite mensajes de alerta por las calles, y un grupo de internautas empeñados en alertar. Todos esos intentos de elevar la percepción colectiva de riesgo no llegan, como regla, a las personas negligentes.

Adentro, en los barrios y hogares, a menos que se trate de esos muchos delimitados con cintas amarillas por la presencia allí de casos confirmados con el virus, aún se percibe una tranquilidad contrastante con lo serio del asunto. A diferencia de los meses críticos iniciales, cuando había enfermos que declaraban haber compartido cama y mesa con familiares cercanos y aquellos nunca llegaron a contagiarse, ahora abundan las listas de personas unidas por lazos de sangre que resultan positivas a los PCR.

Asusta, por ejemplo, leer en los partes diarios sobre casos de niños recién nacidos, menores de cinco años o que lindan en la adolescencia, y deben ser sometidos ya a tratamientos contra el SARS-CoV-2, compuestos, como se conoce, por fármacos de gran potencia. Nadie sabe todavía las secuelas que pudiera dejar la pandemia.

No son elucubraciones mías. La doctora Yurién Negrín Calvo, vicedirectora de Epidemiología del Centro Provincial de Higiene, Epidemiología y Microbiología, pone el dedo sobre la llaga que más duele ahora mismo a los espirituanos, cuando sostiene que si las personas no están responsablemente cuidándose a sí mismas o protegiendo a su familia, es natural que la infecten.

Y calza su aseveración con ejemplos de lo que sucede actualmente: una persona que ha sido contacto de algún caso positivo o sospechoso, o que presenta síntomas, o que está claramente enferma, pero que no utilice el nasobuco dentro del hogar, es un transmisor seguro de la enfermedad. Para el contagio solo se necesita el descuido de alguna de las reglas en las que tanto se ha estado insistiendo a lo largo de más de siete meses.

Hay otro aspecto que se desatiende, a juzgar por la proliferación de esos hogares donde todos o casi todos enferman: la higiene de los utensilios de uso personal, de superficies y objetos con los que todos entran en contacto. Creo que no se ha insistido lo necesario en el uso exclusivo, la separación y desinfección de vasijas y otros objetos como platos, cucharas, vasos, etc. Tampoco en ese distanciamiento físico que sigue siendo simbólico, ni en el lavado frecuente y correcto de las manos. De todo ello se habla en abundancia, pero se practica poco.

¿Está el virus en la calle? Sí, o al menos eso opinan algunos enfermos que no saben el modo en que se contagiaron. Y lo puede llevar a casa cualquiera que se esponga a él, consciente o no de haberlo hecho. Pero si allí se actúa como si no hubiese peligro alguno, entonces no se ha ganado la batalla.

Tampoco lo inventa Escambray. En esta etapa la pandemia ha tenido en Sancti Spíritus un comportamiento diferente. No por casualidad el equipo nacional del Ministerio de Salud Pública que ha visitado el territorio ha hecho notar que en otros lugares, donde han podido intercambiar acerca del padecimiento, no suelen enfermar todos los miembros de una familia, en tanto aquí, sí.

Y no hace falta ser expertos: el virus podría haber mutado y ganado en capacidad de infección, o en tiempo de incubación, como aseguran algunas publicaciones extranjeras. Pero hay algo muy claro: cada vez, al menos en Cuba y en esta provincia en particular, son más las personas que al momento de ser diagnosticadas con la COVID-19 permanecen asintomáticas. Eso provoca que, si no están aisladas, no procuren asistencia médica y coadyuven, por tanto, a una mayor propagación del virus.

En resumen, somos nosotros, de forma individual, quienes, al estilo de los semáforos, sacamos la luz que se hará valer a la hora de que el agente patógeno se instale o no: verde, si no somos responsables y lo dejamos pasar; roja, si con nuestro actuar inteligente le ponemos un PARE.



Las acciones de pesquiasje hacen el día a día de esta pareja de fisioterapeutas.

Hay quienes esconden los síntomas

Jorge Enrique González y Nisleidys Roura, dos jóvenes colaboradores, apenas sin tiempo para quitarse el polvo del camino tras su regreso de Venezuela, desandan barrios espirituanos en pos de la pesquisa activa

Texto y foto: Carmen Rodríguez

Cada mañana hay algo que hacer, solo que la rutina de la pareja de fisioterapeutas Jorge Enrique González Berroa y Nisleidys Roura Cortado ha cambiado desde su regreso de la República Bolivariana de Venezuela, hace apenas unas semanas. Y es que la COVID-19 les ha calado hondo desde que, todavía en la misión, se enfrentaron a una enfermedad desconocida y una experiencia única en su labor como técnicos de salud.

“Trabajábamos en la sala de rehabilitación en el Centro de Diagnóstico Integral en el municipio de Miranda, estado de Carabobo, hasta que comenzaron los primeros casos con el SARS-CoV-2 y nos sumamos a las pesquisas. Y en verdad la labor fue ardua, porque en un inicio las personas no tenían percepción del riesgo, pero junto a los especialistas y doctores dábamos charlas a los jefes de las comunidades y orientaciones precisas de qué hacer durante la pandemia”.

Las preguntas que hace Nisleidys estuvieron bien aprendidas cuando pesquisaban en recónditos parajes de la geografía andina; ella y su compañero saben mejor que nadie los riesgos que se corren de no atajar el virus a tiempo y que una indagación a fondo puede salvar vidas.

“Es que lo vimos bien de cerca y en carne propia. Llegamos a Cuba el 31 de julio y fuimos directo a un centro de aislamiento donde se nos realizó el PCR y dio negativo, pero estaba establecido que en el caso de viajeros del exterior se debía estar 14 días aislados. No obstante, el segundo dio positivo y nos llevaron, a uno para el Hospital Salvador Allende y al otro para el Hospital Naval, pero por suerte siempre estuvimos asintomáticos. Más tarde nos trasladaron para la Universidad de

Ciencias Informáticas donde repitieron dos PCR más y dieron negativos, aunque siempre estuvimos bajo el tratamiento con Interferón y Cloroquina. Son fuertes, pero aguantamos”, relatan.

Pasados los días reglamentados según el protocolo, y ante la imposibilidad de sumarse a su labor de rehabilitadores en el policlínico de Cabaiguán, no lo pensaron dos veces para sumarse a la pesquisa activa en el área Sur del municipio cabecera y retomar la rutina que comenzaron en las cercanías del río Onoto, en Miranda.

¿Cuántos residen en la vivienda? ¿Hay mayores de 60 años o menores? ¿Cómo se sienten? ¿Alguien tiene indicios de fiebre?

“Son las preguntas protocolares, pero también es importante la observación, darse cuenta de si cumplen con las medidas de protección, si la persona tose o tiene secreción por la nariz, porque hay quienes esconden los síntomas. Ayuda el hecho de que vivimos en la zona y si nos conocen hay mayor confianza y se muestran mucho más cooperativos”, apunta Jorge.

Con la misma seriedad que han cumplido dos misiones solidarias en otros países, Jorge y Nisleidys hacen de la pesquisa un sacerdocio inviolable y, llegado el mediodía, no importan el sol ni el calor, a punta de lápiz tienen el control total de los más de 100 espirituanos que visitan a diario.

“No somos especialistas en la materia, pero esto es lo que nos toca ahora y para ello hemos sido asesorados. Por eso, lo más sensato es hacer un diagnóstico serio y consecuente, porque se trata de salvar vidas y desterrar una enfermedad que solo será historia en la provincia con disciplina, responsabilidad y el compromiso individual de cada espirituario”, confirma todavía con la planilla de control en la mano, antes de cerrar las visitas de la jornada en un último bloque de viviendas.



En la provincia se desarrollan numerosas acciones para detener el contagio. /Foto: Yoan Pérez